

Carlos Casanova (I)

El sexo y el brujo

En metahistory

Hace un tiempo estaba cruzando el oeste por la I-95 en las afueras de Yuma, Arizona, cuando me encontré unas obras donde los trabajadores neciamente había destrozado una carretera tolteca-anasazi, y me dirigí directamente a la grieta. Lo siguiente de lo que me di cuenta es que caminaba hacia el sur adentrándome en el desierto de Sonora –no me preguntéis cómo crucé la frontera, fue un momento subliminal– y pronto perdí toda pista de dónde me hallaba. De repente, llegué a una letrina hecha de madera laminada y con techo de chapa corrugada. No era una visión chamánica, se trataba de una antigua letrina con dos agujeros, real, plantada en la arena. Aún así, me lo tomé como una augurio sobrenatural. En el calor del día, la fantasmal letrina desprendía un olor intenso, creedme. Sin embargo, sentí el impulso de entrar a echar un vistazo y vi algo sobre el suelo de tablas. Era un libro tirado con el lomo hacia arriba. Lo cogí y leí el título con relieve dorado: *Aprendiz de bruja –mi vida con Carlos Castaneda–*.

Me acordé de lo que había dicho Don Juan Matus cuando Carlos le dio una copia de su primer libro: “Sabes lo que hacemos con el papel en Méjico”. Lo que es verdad para el maestro lo es igualmente para el aprendiz, supongo. Afortunadamente, solo habían arrancado las dos primeras páginas. Lo cogí furtivamente, me fui a una cálida roca situada a contraviento a la sombra de un cactus, me senté y comencé a leer. Después de un tiempo indeterminado, me encontré a mí mismo mirando el certificado de muerte del “nagual”, un hombre que según muchos (y él mismo) no debería haber experimentado una muerte ordinaria. Me quedé estupefacto. Luego, retirando la mirada del brutal documento, me vi a mí mismo en mi terraza en Andalucía, el libro tirado sobre el suelo junto a mis pies.

Casi como cualquier día normal en el inestable mundo de un chamán postcastanedeico.

Amantes literarios

Sin duda que habrá otros que, como yo, ignoraron el libro de confesiones de Amy Wallace cuando apareció en 2003, estimando que el comportamiento personal de un brujo no tenía importancia alguna. Los brujos no respetan ninguna propuesta si no han tomado parte en su decisión. Si lleváis esta regla al extremo, os encontraréis al loco jugador de ajedrez de *Cien años de soledad*, el viejo cascarrabias atado a un árbol que dijo, “No entiendo el sentido de un juego en el que los jugadores se ponen de acuerdo en sus reglas”. Carlos Castaneda, estoy seguro, no tenía en cuenta la percepción que nadie tenía de él. Jugó sus propias reglas, determinadas mayormente por su vida ficcional. Siempre le he otorgado la dignidad de su propia ficción. Mientras otros debaten la existencia de Don Juan, si el autor se lo inventó, etc, etc., yo diría que no es relevante si *el autor* existió o no. El autor de carne y hueso fue “una ficción necesaria” para que los libros llegaran a materializarse. Volveré a este punto en la conclusión.

En primer lugar, debería decir que creo todo lo que dice Amy Wallace. No hay razón para que mienta o se invente nada. Escribe con una discernible sinceridad y honestidad, mostrando su alma en muchos lugares. Lo que tensa la credulidad no es hasta dónde llegó la compulsión sexual de Castaneda, ni el cursi sadismo de su comportamiento, ni el atroz abuso verbal, mental y emocional que infligía en sus aprendices (mayormente femeninas) –no, todo eso es normal en el mundo que conocemos–. Lo que es alucinante es la ingenua, sumisa, dócil y persistente aquiescencia de las brujas aprendizas ante las acciones de Castaneda. Y la aquiescencia del autor, lo más: Amy Wallace era algo así como un prodigio, una estudiante virtuosa y ecléctica que obtuvo un enorme reconocimiento por su talento con la palabra escrita. Su primer libro trataba de un portento y sus

libros creados en coautoría, “List”, algunos de los cuales fueron best-sellers, fueron maravillosas compilaciones de sabiduría esotérica. Desde los 17 años que conoció a Castaneda hasta los 35 que desarrolló una relación íntima con él, tuvo un gran éxito en la industria editorial. Muy grande.

Pero Carlos Castaneda también tenía un enorme talento con la palabra escrita, se vio abocado a recopilar listas esotéricas (“recapitulaciones”), y su obra literaria fue una verdadera genialidad. (Estoy asumiendo aquí que él de verdad escribió sus libros, pues se ha dicho que fueron editados por alguien de Simon & Schuster. Podría haber sido obra de un ghostwriter (escritor fantasma) –como los libros de Lynn Andrews–, pero eso es otro tema). ¿Podría ser que la singular obsesión que sentía Castaneda por Amy Wallace, que hizo que la siguiera después de un encuentro casual cuando ella era adolescente, estuviera en parte relacionada con una atracción por su genialidad literaria? ¿La habría seguido durante tantos años si ella no hubiera conseguido en todo ese tiempo una impresionante carrera literaria, como él? ¿Tuvo algo que ver con su obsesión personal con ella el estatus que compartían como exitosas celebridades en la industria editorial? Extrañamente, la misma Wallace no menciona nada de esto. Simplemente hace una vaga alusión a la erudición de Castaneda.

Aprendiz de bruja revela muchas cosas sobre la manipulación y los abusos aparentemente sin sentido que puede recibir la gente inteligente y sensible, pero no habla casi nada de las razones por las que Castaneda infligía este tipo de trato a sus cómplices y parejas. Leído como una historia personal del abuso de un genio sobre otro, el libro presenta ciertas comprensiones destacadas, aunque no las explique.

Premio de consolación

Para mí, el gran impacto del libro de Wallace reside en la forma con la que muestra la completa falta de resistencia que exhibieron la autora y el resto de las aprendices femeninas al maltrato y manipulación que recibieron. Casi nunca cuestionaron, desafiaron o retaron a las terribles acciones del “nagual” (jerga chamánica que denomina al líder de un grupo de brujos). ¿Le restó importancia Wallace al desafío para hacer parecer todopoderoso al maestro? En un excepcional ejemplo de protesta, Florinda Donner “admitió que él [Castaneda] solo era un hombre y que él y yo teníamos una decisión: disfrutar de la compañía del otro en lugar de dejar que la ira del dictador nos hiciera trizas” (Capítulo 29). Pero luego Donner lo estropea cuando se llama a sí misma “vertedero de basura” y la “teta de la que todo el mundo mama”. La yuxtaposición de estos dos tropos, vertedero y teta, en boca de una mujer es alarmantemente autodenigrante. La baja autoestima fue un rasgo típico de las brujas del séquito de Castaneda. Uno podría pensar que Amy Wallace, con su extraordinaria carrera y reputación, sería la excepción. Pero sin duda no lo fue.

Wallace dice que a Castaneda “cada vez le irritaba más mi irreverencia con respecto a sus normas de culto y sus caprichos”, pero esto solo es una afirmación general y aislada. Poco dice de cómo ella se rebelaba o incluso se quejaba de ser jodida a demanda, es decir, ser tratada como seguidora de un gurú, un juguete sexual y manipulada de una manera indignante durante ocho años. Admite que disfrutaba del sexo. Ella y Castaneda tenían una buena conexión sexual, con mucho magnetismo animal a pesar de la diferencia de edad de 30 años.

Wallace también admite que “mi educación hizo que esperara maltrato de los hombres” (Capítulo 29). En su tratamiento de los hechos, Castaneda encaja en el perfil de amante abusador que ofrecía a Amy en términos negativos lo que esperaba, pero también satisfacía en términos positivos aquello que se ajustaba a la “naturaleza romántica” de su amante. Ella admite que deseaba un compañero estable en el amor y parece que lo encontró en él. Por momentos. De ciertas maneras. Igualmente él parece haber estado muy enamorado de ella. Corazones palpitantes, enamorados, duchas de joyas, jadeantes palabras cariñosas en dos lenguas, extravagantes atribuciones de poder mágico al amado, solicitud de boda en Las Vegas –todos los elementos de un culebrón chamánico–. No me extraña

que Fellini quisiera hacer películas de los libros de Castaneda. El melodrama sociocultural que construyó Castaneda a su alrededor en los últimos veinticinco años de su vida era digno de Fellini en su faceta más autoindulgente, pues mezclaba lo grotesco y lo sublime. Pero no hubo nada mágico en el teatro de culto. La magia estaba en la ficción.

Si entre ellos existía un amor verdadero, ¿por qué Castaneda abusaba continua y viciosamente de Amy, usando a veces extrañas estrategias de las que fueron cómplices las otras brujas, y mientras tanto se follaba a otras mujeres? El vívido retrato que hace Amy de un amante abusador no viene acompañado de una singular indagación en las causas por las que este especial y excepcional hombre, con sus particulares y excepcionales talentos, actuaba de una manera tan infame e indiscriminada. Wallace concluye que él “se corrompió por el poder”. No sé otras personas, pero yo creo que este típico análisis es predecible e inadecuado. Es un golpe bajo que podría ser dirigido a personas normales que abusan del poder y el privilegio, pero no a individuos con el genio imaginativo de Castaneda. Werner Erhart, fundador de **est**, solía decir que “el entendimiento es el premio de consolación” del proceso transformador que inventó, y que fomenta el ego. Me parece a mí como si Wallace hubiera ganado el premio de consolación al entender que Castaneda estaba corrompido por el poder que adquiría a través de su mística literaria.

Wallace y las otras brujas interpretaron (y, hasta cierto punto, justificaron) el abuso que Castaneda ejercía en la vida real mediante un paralelismo ficticio, esto es, la forma implacable con la que Don Juan trataba a su aprendiz para llevarlo más allá de los impedimentos que le producía su ego. Wallace racionaliza esto explícitamente. Dice que Castaneda afirmaba ser el “nagual de la libertad”, un papel que le daba el derecho a tratar cruelmente a otros con el mismo supuesto propósito que Don Juan atormentaba al pobre Carlitos. Pero este argumento está manifiestamente distorsionado. Un atento análisis de la ficción hace que no se pueda sostener este argumento. En los libros, Don Juan no inflige actos de abuso mental, verbal y emocional continuamente hacia Castaneda. Más bien, genialmente permite que su aprendiz se haga el tonto y, así, se desprenda de su egocentrismo y condicionamiento personal. De vez en cuando, Don Juan hará una despiadada treta, pero no se trata de un método sistemático, pues el camino de la brujería ya presenta sus propias exigencias y duras experiencias. El chamán veterano fue duro con Castaneda de varias maneras, pero sus tácticas casi no se pueden comparar con los juegos sádicos que exhibe el mismo Castaneda, según Wallace.

En resumidas cuentas, el método de entrenamiento de Don Juan no proporciona el prototipo o ejemplo de lo que Castaneda hacía con sus seguidoras femeninas. Aquí no se trata de la vida que imita al arte. Puede que tarde un poco, pero demostraré que la conexión entre los libros y el comportamiento de ninguna manera es tan directa.

Ficción de culto

Para mí, la conexión entre la ficción de culto que creó Castaneda en sus libros y el modo que tenía de comportarse en el culto que surgió de esos libros es lo más interesante de su historia personal. Y aquí entra en juego el Complejo de Casanova. Si Castaneda no ponía en práctica en su vida real el trato que Don Juan mostraba hacia él en sus libros, sí que emuló e imitó al literario Don Juan –no el personaje que él mismo inventó, sino el legendario libertino y seductor de mujeres, Don Giovanni de la ópera de Mozart y otras alusiones–. Dicho de otro modo, Castaneda puso en práctica el Complejo de Casanova adoptando el comportamiento de la figura literaria de quien tomó el nombre su iniciador chamánico. Esta pista es prominente, y Wallace la ve, por supuesto. Pero en mi opinión no la entiende con la suficiente profundidad.

El fundamento expresado a favor de la abusiva tiranía de Castaneda no vale por las razones ya expresadas, e incluso más aún debido al elemento de la compulsión sexual –o adicción sexual, para usar el lenguaje contemporáneo–. Ese elemento no está presente en el trato que tiene el chamán yaqui con su aprendiz. De hecho, Castaneda hace que don Juan insista en el tema de la abstinencia

sexual, insistencia que el escritor llevó a su enseñanzas y lecciones públicas de su vida real. Más información sobre este acto consumado de hipocresía en la segunda parte del ensayo.

Yo soy de la opinión de que las relaciones sexuales son un comportamiento social, aunque se lleven a cabo en privado, detrás del telón. Aunque los brujos operan fuera de la sociedad normal, también tienen su propio modo de orden social en el que –se nos pide que creamos– se desaconseja o se ignora la actividad sexual. Eso cuenta la narrativa de ficción... Entonces, ¿cómo el comportamiento de los personajes de los libros de Castaneda determina o refleja el comportamiento del autor en la “vida real”, especialmente atendiendo a su comportamiento sexual? Esta relación no es obvia y no puede explicarse mediante normas psicológicas como el vínculo de abuso, la adicción al sexo, el complejo de gurú, etc. Conciérne a la interactividad entre la experiencia factual y ficcional, un tipo de dinámica a contrapunto que tiene que ser analizada en términos literarios y críticos, y enmarcada en las leyes de la imaginación y la invención creativa, por lo que no puede ser reducida a las normas de la psicología mundana que son totalmente preestablecidas.

Aunque es una escritora sofisticada, Amy Wallace no tiene en cuenta esta perspectiva. Se pierde o ignora la conexión clave: cómo la magia literaria forzó las aberraciones de comportamiento (que ella insulsamente atribuye a la táctica que usa el nagual para “descomponer al ego”, como ya se ha señalado). Wallace hace hincapié solamente en el abuso que recibió en la vida real, el daño que recibió su ego sin que, dice ella, sacara ningún beneficio real de las duras experiencias que tuvo que experimentar para elevar el ego. Uno se tiene que preguntar si el amor que le profesaba a Castaneda es posible que hubiera sido así también.

Aprendiz de bruja hace parecer a las mujeres que estuvieron alrededor de Castaneda unas patéticas nenazas incapaces de plantarse ante el abuso y de detectar o negar la manipulación. Desde las tres reclutadas inicialmente, Florida Donner, Taisha Abelar y Carol Tiggs, siguiendo hasta Amy y otras después, las brujas de Castaneda eran perdidas ingenuas que creían que estaban experimentando duros caminos premeditados de “sexo duro chamánico”. El abuso no era lo que parecía, eso parece. Más bien, era el “método mágico para destruir la importancia personal”. ¿Quién les sugirió la idea de que un brujo en la vida real practica el amor duro para erradicar la importancia personal? Parece que esta noción provino de una visión distorsionada de cómo Don Juan maltrataba al pobre Carlitos, y Castaneda traviesamente impuso la inferencia. Hizo creer a las mujeres de su séquito que él era el “nagual de la libertad” y que solo él podía librarlas de su condicionamiento egocéntrico. Y ellas se lo creyeron.

¿Qué tiene que ver el amor con una técnica despiadada para la liberación catártica, si es que existe? La meta de la brujería –atravesar los parámetros de la percepción– está lo suficientemente clara, pero el papel del amor humano en la brujería sigue sin estar definido y quizás sea imposible definir. En todo el corpus de los libros de Castaneda no aparece ninguna explicación. Permitiendo deliberadamente que las mujeres de su círculo más cercano creyeran que él actuaba con la intención de destruir la importancia personal que ellas tenían, él se otorgó libertad total para depredar sus inseguridades. Al mismo tiempo que él se daba sus placeres golpeándoles los culos, las dejó que se autodestruyeran en sus propias ilusiones y, al final, fueran consumidas por sus patologías innatas. Dicen los rumores que algunas de ellas llegaron a suicidarse después de la muerte de Castaneda. Difícilmente esto es una muestra de amor, ya sea duro o de otra manera. Es una barata explotación de la vulnerabilidad combinada con un alto nivel de insensible negligencia.

Queda pendiente una cuestión: ¿Qué conexión existe entre ese atroz comportamiento y las sublimes ficciones literarias que inventa el hombre que tiene ese comportamiento?

Huevos de maestro

Como Wallace dice, ningún miembro del círculo interno tuvo valor de enfrentarse a los irracionales ataques de ira y celos (¿reales o fingidos?) que Castaneda tenía en cada momento. Nadie tuvo los

huevos de darle una patada en los cojones al maestro. De hecho, los huevos es un tema principal de *Aprendiz de bruja*. Pronto se nos informa de que Castaneda se había hecho la vasectomía (puede que dejara embarazada a una novia cuando viajó de Perú a los Estados Unidos a sus 26 años). Luego nos enteramos de que el nagual, en la cama, se podía correr hasta tres o cuatro veces en tiempos muy breves. Bien, muchos hombres latinos de su edad podrían hacer lo mismo, no hay duda. ¿Nos piden que creamos que su potencia sexual era el resultado de sus logros con la brujería? Creo que es demasiado. No hay nada en su obra de ficción que sostenga esta afirmación. Todo lo contrario. En sus escritos, Castaneda insistía en que el camino de la brujería requería del celibato.

Pero volvamos al tema de los huevos. Wallace cuenta que el machismo de Castaneda se remontaba a sus primeros años, mucho antes de que se convirtiera en figura de culto. El dolor y la confusión que causó a las mujeres que había en su vida fue inmenso. Parece que sus aprendices fueron objeto de virulentas dosis de sadismo machista. Pero llega el momento en que las sufridas víctimas de sus juegos sádicos deciden celebrar la ira testicular del maestro, y ¡lo honran por infligírselo! Es imposible no mover una ceja cuando uno lee el relato de Wallace sobre cómo, “después de un gran conflicto la clase... le dio a Castaneda un par de sólidos huevos de oro hechos a medida, de un diámetro de pulgada y media... Cuando Carlos abrió la caja de terciopelo y vio los orbes dorados gritó: Todos lo hicimos” (Capítulo 20).

Carlos gritó pero quizás no por la razón que supuso Amy. Puede que gritara de pura angustia al tener que aceptar que él solo era el regente de su propio infierno personal, asistido por una corte de desesperanzadas memas que se tragaban cualquier cosa que él les servía y lo veneraban por el gran abuso que ejercía sobre ellas. El incidente de los huevos dorados es irrisoriamente grotesco, pero nada entrañable.

Wallace dice que “cuando Carlos quería jugar a subir el ego entre las sábanas, tenía un gran repertorio”. Cuenta que Carlos, una vez que tenía a Amy bajo el edredón en medio del “tema”, se aseguró de que ella lo escuchara diciéndole obscenidades por teléfono a otra aprendiz. Pero, ¿qué le hacía pensar a Amy que esta acción estuviera dirigida a ella o tuviera la intención de que le afectara en alguna medida? Atribuirle a Castaneda la intención de subirle el ego a Amy es en sí misma una suposición vanidosa. Puede que a él simplemente le gustara hablar obsceno a una mujer mientras tenía a otra esperando en la cama. Bastante sencillo. Y totalmente coherente con su perverso machismo autojactancioso.

Afecto chamánico

La noción del “afecto del brujo”, que aparece de vez en cuando en el libro de Wallace, no tiene fundamento ni en los escritos de Castaneda ni en su propio estilo personal de vida. La brujería es una aventura sin amor. Las personas que profundizan en ella lo saben y no fingen que pueda ser de otro modo. En el último capítulo de *Relatos de poder*, Don Genaro exhibe vívidamente su amor por la tierra como fuente de su poder. Retoza por el suelo haciendo movimientos como si nadara y desafiara a la gravedad. Don Juan explica:

El amor de Genaro es el mundo. Ahora justo estaba abrazando esta enorme tierra... La tierra sabe que Genaro la ama y le ofrece su cuidado... Genaro vaga por los caminos de su amor y, donde sea que se encuentra, está completo.

Esta escena es conmovedora, una de las más sublimes de los escritos de Castaneda, pero aquí no hay ni rastro de sentimientos entre humanos. El amor que se describe es por la tierra y el poder que el brujo recibe al explorar lo desconocido y experimentar aventuras sobrenaturales. En la mitología chamánica de Castaneda no aparece el amor entre humanos. No digo que no pueda haberlo, solo digo que él no lo sugiere o desarrolla.

En *Viaje a Ixtlán*, la parábola de los fantasmas que se encuentran en la carretera, cuando el brujo intenta regresar a su condición humana, lo dice todo: la brujería tiene que ver con romper los

parámetros de percepción, incluida la percepción de uno mismo como entidad humana con todas sus necesidades, especialmente la necesidad de amar y ser amado. “Perder la forma humana” es otra expresión de Castaneda que se refiere a este trascendental cambio.

Para escribir esto no me estoy basando en un análisis exhaustivo palabra por palabra de todo lo que dijo Castaneda (o se ha dicho que él dijo), sobre el amor y el afecto humano, pero estoy bastante seguro de que cualquier alusión al “afecto del brujo” que provenga de gente como él puede ser una trampa, una forma de despistar a los fans. Esta táctica es usual en los prodigios creativos que son capaces de inventar escenarios sublimes, pero incapaces de compartirlos abiertamente en su realidad personal. Las personas creativas que trabajan aisladas a menudo usan su genialidad en la invención literaria para imponer su aislamiento en la vida real. El síndrome del aislamiento creativo es, en mi humilde opinión, la clave para conectar la expresión literaria de Castaneda con los inaceptables factores de su estilo personal. La conexión es sinuosa, no directa, pues las tácticas de la invención literaria no se pueden trasladar directamente a la experiencia externa compartida.

Los lectores de los libros de Castaneda pueden involucrarse en sus invenciones porque la relación del lector con la narrativa novelística admite y, de hecho, invita a una implicación tal. Pero la gente en la vida real no será capaz de involucrarse de una manera ingeniosa con el inventor, a menos que tengan talentos complementarios y adecuados. Sin embargo, como ella no le demostró que lo tenía, él se vio forzado a tratarla como a cualquiera en la vida real que no pudiera involucrarse en su genialidad creativa, trazo a trazo. Esto es, él la habría sometido a un teatro de abuso absurdo para exteriorizar el dolor de su aislamiento.

Yo argumentaría que el perverso comportamiento de Castaneda tenía que ver con la comunicación de su dolor, o incluso la contaminación de su dolor, si me permitís esa expresión, más que con algo tan común como la corrupción por el poder.

Conozco este síndrome bastante bien en términos de invención creativa, aunque yo no afirmo tener un talento como el de Castaneda en ese ámbito. Y unos pocos de mis amigos más cercanos han mostrado ese mismo síndrome. El año pasado perdí a un amigo que se suicidó precisamente porque no podía compartir su mundo inventado, aunque me reconocía como un candidato cualificado, un posible conspirador voluntarioso. Sospecho que encontrar a alguien capaz de abarcar e implicarse en su invención lo lanzó definitivamente al doloroso aislamiento de su rico y resonante mundo —el característico dilema de la personalidad borderline, por así decirlo—. Tenía que encontrar a alguien que *realmente pudiera* entrar en su mundo subjetivo para darse cuenta de que era, a pesar de su deseo, incapaz de darle acceso. En este sentido, encontrarme a mí fue un catalizador de su suicidio. Le dio fin a su aislamiento creativo.

Continuará en dos partes...

Usted es libre de:

- copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — debe dar crédito adecuado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Usted puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero de ninguna manera que sugiera que el licenciador lo respalda o apoya el uso que hace de su obra.

No comercial — usted no puede utilizar el material para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia — si usted altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada de ésta, deben distribuir la obra generada bajo la misma licencia que la original.

[Licencia Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Equipo de traducción:

- ◆ *Rocío Gómez*
- ◆ *Javier Martínez*

